

## *UNO QUE SE FUE*

El sol, ocultándose tras las enlutadas montañas que allá enfrente del sombrío edificio elevaban sus altos picos como desafiando al cielo que ya comenzaba a poblarse de estrellas, iba debilitando su fulgor; sus rayos, ya muy pálidos, iluminaban vagamente el paisaje.

En el inmenso salón, apenas alumbrado por aquella mortecina luz crepuscular que penetraba por los altos ventanillos, sólo se sentía el ruido de las toses de los enfermos y el murmullo de los rezos de las Hermanas de la Caridad. Por lo demás el silencio era completo; un silencio de muerte que hacía más triste y melancólico el salón aquel, con su doble serie de lechos, de los cuales, en la semioscuridad del crepúsculo, sólo se percibían las ropas, como blancos jirones cortando la sombra.

Los enfermos, después de haber tomado en la cama la más cómoda posición, preparábanse a dormir, indiferentes unos a los sufrimientos de los otros, con ese egoísmo enorme que en la bestia humana desarrollan la enfermedad y el sufrimiento.

Arriba llegaba, apagado por la distancia, el ruido de los pasos de los transeúntes y el rodar de los carruajes; a veces las sonoras notas de un piano o la alegre canción de los granujas. El eterno contraste de siempre: a un lado la risa, a otro el llanto; un mundo que sufre y muere, otro que vive y goza.

Allí, casi en el centro del salón, un hombre se moría. Ninguna esperanza para él; el médico en su visita de la tarde lo había dicho a las piadosas Hermanas. La lucha era imposible; la muerte reclamaba para sí aquel cuerpo minado por la tisis y acabado por el trabajo y el hambre. Lo tenía por suyo, era pieza que nadie le podía disputar.

El cuerpo rígido, sin otro movimiento que el anheloso subir y bajar del pecho, buscando el aire que le faltaba,

cubierto por las mantas y sábanas, se extendía inmóvil sobre el jergón; sólo se vislumbraba el descarnado rostro, mancha lívida, en la cual los ojos parecían concentrar lo que de vida quedaba, de tal modo brillaban y lucían en la sombra.

Nunca conoció su enfermedad. Para él, aquello era mal pasajero del que no tardaría en curar; mucho le molestaba aquella falta de aire, aquel continuo ahogarse; pero lo llevaba con resignación, creyendo que pronto había de desaparecer.

¡Cuántas veces, en sus raras visitas al Hospital, cuando, bueno y feliz, iba a contemplar de cerca el ajeno sufrimiento, había pensado que quizá algún día sufriera él las mismas penas que aquellos infelices pasaban, lejos de sus familias, devorados por la enfermedad! Pero salía a la calle, y todo pensamiento triste volaba al aspirar el aire fresco, y al sentir el bullicio de la multitud respirando vida y animación.

La tisis se apoderó de él. Llegó un día en que ya no pudo trabajar, y le obligaron a meterse en la cama, hasta que faltándole recursos, su mujer enflaquecida por el hambre y él enfermo, hubo un alma caritativa que se apiadó de tanta miseria, y le consiguió una cama en el Hospital. Allí estaba hacía tres meses, siempre creyendo salir al día siguiente, y sin nunca ver llegar el deseado día.

En aquellos meses de sufrir que había pasado, en aquellas largas noches de insomnio, habíase acordado mucho del hijo que perdiera: ¡su primero y único hijo! Parecíale muchas veces que se sentaba a la cabecera de su cama, y con cariñosas palabras, con aquella media lengua de niño, lo consolaba prometiéndole un porvenir de felicidad; la blanca manecita le acariciaba las hundidas mejillas, y sentía que depositaba en su frente miles de besos, besos que le dejaban una impresión de hielo en la piel.

Era la fantástica aparición nocturna de su hijo, uno de sus mayores consuelos. Esperaba con anhelo la noche para sentir la alucinación aquella, que le hacía ver a su pequeñín, allí, al lado de su lecho, vistiendo el mismo trajecito con que lo enterraron, la ropita de los días de fiesta: aquella blusa azul con botones dorados, sacada por su mujer de unos pantalones viejos, los pantaloncitos que antes habían

sido negros y que el uso había puesto verdes, la boina pequeña picarescamente inclinada, que su madre le ponía para pasear, hasta aquellos zapatitos blancos gastados por la punta, dejando asomar el dedo gordo, el *padre guardián*, como él le decía, cuando teniéndolo a caballo sobre los muslos, divertíase haciéndole cosquillas en el pie.

Se le aparecía súbitamente. Cuando más distraído se hallaba, al volver la cabeza, se encontraba al niño que lo miraba sonriendo y estampaba un beso en su frente.

Aquella noche lo esperaba, sabía que vendría y preparaba en su cerebro lo que había de decirle a su niño querido; aún no era la hora; hasta las diez no llegaría.

La respiración empezaba a ser más fatigosa; el pecho se agitaba con más fuerza, y la boca se entreabría buscando el aire que en los pulmones faltaba. Una Hermana acercóse trayendo la medicina; se incorporó en el lecho, y entonces apareció al descubierto el flaco busto cubierto por la blanca camisa; aquello era un esqueleto viviente, se le podían contar los huesos; tomó el brebaje y se dejó caer en la cama rendido por el esfuerzo.

Las horas pasaban lentas y monótonas; la lamparilla había sido encendida, y a sus vacilantes reflejos se percibía la larga fila de camas, proyectando en la pared sus contornos, y las sombras de los enfermos en ellas acostados. Se veían los perfiles agudos de aquellos cuerpos en la blanca pared como siniestras siluetas, las cercanas a la luz, fuertes y pronunciadas, y las más lejanas, vagas y borrosas. Casi todos dormían; los que no, incorporados sobre un codo o apoyados en las almohadas, escuchaban el lento sonido del péndulo, sintiendo correr el tiempo, esperando oír su última hora de vida. Por los ventanillos se podían ver las estrellas luciendo en el despejado cielo. Algunos miraban ansiosos para él, viendo allí la salud y la felicidad.

Los ruidos callejeros se apagaban poco a poco. La ciudad se echaba en brazos del sueño.

Se acercaba la hora.

El hombre se revolvió inquieto en la cama. Habíale entrado una actividad desusada, ganas de levantarse y de correr, correr mucho; deseos de poder aspirar el aire fresco de la calle, y en una sola aspiración introducirlo en el pecho. Todas las imágenes alegres que la humana vida ofrece,

se le presentaban unas tras otras brindándole placeres y delicias sin cuento; quería vivir para gozar de todas ellas, y se agitaba intranquilo, conteniéndose para no saltar de la cama. Poco a poco el cuerpo miserable cesó de moverse, los brazos cayeron a lo largo del lecho; los ojos brillaban con más fuerza en las hundidas cuencas.

Los párpados se fueron cerrando. El sueño iba a aliviarle por algunos momentos de su mal. Ya dormitaba, cuando sintió la impresión de una mirada fija en él; abrió los ojos, volvió la cabeza y lo vio. Ya estaba allí, sonriente como siempre, con el mismo rostro paliducho y enfermizo, y aquellos grandes ojos negros, que le daban un aspecto de seriedad precoz.

Se acercó a la cama, y después de besarlo, comenzó a hablarle al oído, como prometiéndole algo; el hombre sonreía y miraba al chiquillo con inmenso amor; todo lo que preparado tenía para decirle, se le olvidó oyendo aquella charla infantil que tanto bien le hacía; dio una vuelta en el lecho para estar más cerca.

El niño siguió hablándole al oído; el hombre decía que sí con la cabeza.

—¿Quiéles?—preguntó el niño...

—Sí.

—Pues ven.

Y echándole los bracitos al cuello, lo abrazó; pero lo abrazó con tal fuerza, que el pobre padre sintió que se ahogaba.

—Me haces daño —exclamó con esfuerzo.

—Más, más, más —decía el niño.

La angustia era insufrible, sentíase ahogar por los brazos de su hijo, y le miraba sin energía para resistir. Por un momento dudó que fuese él, y hasta pensó distinguir el rostro duro del enfermero. El mismo terror le hizo cerrar los ojos.

Cuando los abrió, el rostro del chiquillo le sonreía, y sus brazos continuaban apretándole. Se ahogaba, sí, sentía el estertor en su garganta, como hervor lejano; pero extraña sensación de felicidad, de desmayo, de anonadamiento, le embargaba.

—Más, más fuerte — exclamó.  
Y así murió.  
A la mañana no pudieron separarle los brazos rígidos  
y contraídos sobre el pecho.

JOSÉ BALTASAR CHAMPSAUR MILLARES

Mayo de 1891.